

Los colmillos del lince **Karin** **Smirnoff**



DESTINO

Los colmillos del lince

MILLENNIUM⁸

Karin
Smirnoff

Traducción de Martin Lexell
y Mónica Corral Frías

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1700

—Hola, Lisbeth, soy yo. Cuánto tiempo.

La voz suena ronca y débil. Tal como él insinúa, han pasado años desde la última vez que hablaron, aunque han estado en contacto a través de plataformas digitales hace poco, en otoño. Aun así, enseguida se da cuenta de que se trata de Plague, su viejo amigo *hacker*, si es que la amistad existe. Quizá el único amigo que ha tenido jamás.

—¿Cómo estás? —quiere saber ella, pero se pierde la respuesta por culpa de un acceso de tos que sale del fondo de sus torturados pulmones, tan fuerte que la obliga a dejar el teléfono y acercarse corriendo al fregadero a escupir unos viscosos gargajos.

»Perdón —articula Lisbeth pasado un buen rato—. ¿Sigues ahí?

—¿Estás enferma? No es muy propio de ti. —Sea lo que sea lo que Plague considera propio de Lisbeth o más bien de la imagen que tiene de ella: por fuera, dura como una coraza, con un rostro casi sin expresión; un caparazón que, de forma

robótica, casi inhumana, mantiene el mundo a distancia.

Lo que hay en el interior de ese caparazón Plague sólo ha podido vislumbrarlo a través de unas rendijas mínimas que se han entreabierto en contadas ocasiones.

Tras años en los que sus caminos se han cruzado de vez en cuando, saben más el uno del otro que la mayoría de la gente. Pero Plague lo ignora casi todo de Lisbeth como persona, la persona en la que se ha convertido o la que ha decidido ser. En cierto sentido, le resulta reconfortante oír que puede pillar algo tan humano como un resfriado.

—Eso es lo que pasa al relacionarte con focos víricos andantes.

—Supongo que te refieres a alguien en particular —responde Plague con la esperanza de que Lisbeth le cuente algo más. Ella gruñe una respuesta inaudible antes de tener otro ataque de tos.

—¿Y tú? —dice ella en cuanto se le pasa—. Hablar por teléfono no te va nada, pero también es verdad que ya casi estamos en Navidad. Felices fiestas.

Plague se ríe, qué típico de Lisbeth. Siempre al ataque, siempre un paso por delante, como para asegurarse de que nadie se cuele por las puertas cerradas.

—¿Te refieres a Svala? —pregunta él—. ¿Es ella el foco vírico andante?

—Quizá, aunque Blomkvist también está en-

fermo, por lo visto. Cogimos alguna mierda en el tren de vuelta.

—¿Así que seguís en contacto? —dice Plague.

—No.

—Ya, vale...

—¿Querías algo en concreto? —pregunta Lisbeth, y regresa a la cama. Hay algo en la voz de Plague, un tono que intenta abrirse paso por el cerebro lento, febril y lleno de mucosidad de Lisbeth. Una señal que no acaba de llegar.

—Sólo quería saber que estabas viva.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

Plague le ha escrito, varias veces, pero nunca ha obtenido respuesta. El contacto cesó tras su fracaso de *hackear* el sistema informático de Marcus Branco. El silencio lo ha preocupado, pero el alivio temporal que ha sentido cuando ella le ha contestado está a punto de convertirse en otra cosa. Como ha señalado Lisbeth, Plague no es alguien que llama a conocidos para charlar un rato, más bien es una criatura de la oscuridad que se mantiene en su cueva, alguien que nunca asoma la cabeza para paladear el mundo exterior. Una sospecha se ha despertado en ella, y él lo percibe.

—En cualquier caso, me he acordado de ti y sólo quería asegurarme de que todo va bien —dice, arrepintiéndose al instante.

El comentario suena tan falso como él se siente: un traidor que ha traicionado a su mejor amiga. Ella le pidió ayuda. Pero algo —alguien— intervino. Podría echarle la culpa al miedo, pero no resul-

taría muy creíble. Su vida nunca le ha importado demasiado. Vivo o muerto, tanto da. Los años que pasan no son más que un trayecto que hay que recorrer en espera de otra cosa. Ella lo sabe, así que tal vez simplemente debería decirle la verdad.

—Hablamos —zanja Lisbeth, y cuelga. La audiencia ha concluido.

El corto día de diciembre se convierte en atardecer. Permanece despierta en la oscuridad entre febriles momentos de sueño, intentando ordenar sus pensamientos.

Una parte de ella —esa parte que, en contra de su voluntad, se ha suavizado transformándola en una Lisbeth más conciliadora— se esfuerza por entender las palabras como lo que quizá son: un amigo que llama para preguntarle cómo está. ¿Es un pensamiento completamente disparatado? Sí, a menos que Plague haya sufrido una metamorfosis absoluta, lo cual es posible, pero poco probable. Él andaba buscando algo que la transportara de vuelta a las experiencias otoñales que, hasta ahora, se ha esforzado al máximo por olvidar.

Svala llevando a su madre moribunda a través de un búnker en llamas.

Un Mikael Blomkvist herido de bala que ve cómo unos hombres enmascarados secuestran a su nieto.

Ella misma, en brazos de una poli.

Y, finalmente, Plague.

Él ha estado a su lado, y ella ha confiado en su integridad insobornable. Han comido pizza de las

mismas cajas de cartón, han resuelto problemas que serían la envidia de los tecnólogos de la Inteligencia Artificial. Ella tiene mucho que agradecerle: su vida, su libertad. Aun así, algo no cuadra.

A su debido tiempo, en cuanto la mierda vírica desaparezca de su cuerpo, averiguará de qué se trata.

*

Se acerca la Navidad. Por eso, la comunidad de vecinos pide a sus miembros que pongan especial atención a la hora de separar los residuos. Los lazos de los envoltorios de los regalos deben clasificarse como resto de residuos, ya que contienen plástico y pegamento, mientras que el papel de regalo navideño debe introducirse en la sección de papel y cartón, siempre que no contenga restos de cinta adhesiva.

Con esto, les deseo a todos una Feliz Navidad.
Saludos cordiales,

Per, presidente

Lisbeth hace un gurrúño con el papel y lo arroja con fuerza hacia el fregadero mientras maldice en voz alta las inminentes fiestas. Por todas partes asoman su fea cara, transformando la ciudad en un parpadeante infierno de luces, árboles navideños y carteles de niños con ojos chispeantes que pretenden infundir el espíritu navideño en la gente. Da igual que se compre una joya en los grandes almacenes NK o un par de litros de leche en el

súper, la transacción termina con un «Feliz Navidad». Esta frasecita ridículamente gastada y repugnante hace que a Lisbeth se le oscurezca la mirada, por no hablar de la música, que es aún peor. ¿Quién coño puede creerse de verdad que las ganas de comprar aumentan oyendo el villancico sobre la nariz roja del reno Rodolfo? Es como si Estocolmo se hubiera convertido en una especie de Guantánamo, con su propia tortura de ruidos. Desde finales de noviembre hasta la conclusión del infierno navideño, Lisbeth ni loca se quita de la cabeza sus auriculares personalizados e insonorizados. Un pequeño autorregalo de Navidad de hace varios años, que bien vale su precio de casi un millón de coronas. Al parecer, la música suena de maravilla en ellos. Ella no lo sabe. Lo que busca es el silencio.

En condiciones normales, jamás se le habría ocurrido salir a la calle e internarse en las compras navideñas, pero, con la gripe, ha perdido la noción del tiempo y de repente es demasiado tarde para hacer el pedido por internet.

La Navidad le trae asociaciones con Rovaniemi, y Rovaniemi lo asocia con Svala (y, por desgracia, también con un baboso chino-griego, no precisamente su mejor momento del año).

Para ponérselo fácil, podría haberle enviado dinero, la suma que fuera; eso, si no tuviera el presentimiento de que Svala se lo tomaría como un insulto. La niña quiere algo personal, no hace falta que sea caro ni lujoso, pero sí algo personal. Lisbeth

le ha preguntado lo que quiere. «Que vengas» ha respondido, pero no, no puede. Su cuerpo apenas tiene fuerzas para llegar a Kjell & Company en el centro comercial de Skrapan, menos aún para viajar apretujada entre un montón de gente en diversos transportes públicos hacia el norte del país.

De vez en cuando, se detiene y jadea. Dos días más, dice. En dos días debe volver al gimnasio.

Deja que el empleado envuelva el paquete. Después va a la oficina de correos de Ringen y añade una suma considerable para que el envío a Gasskas sea urgente. Durante un segundo, su mala conciencia se reduce y se siente contenta. Un regalo más personalizado imposible y la leche de útil para un determinado tipo de persona. Para alguien como Svala.